

## **La revolución matemática**

Bertrand Russell (1872-1970) fue un matemático brillante. Ganó un Nobel en Literatura. Lo distingue el hecho de que fue un filósofo filósofo y un activista político que hizo del pacifismo una de sus tareas vitales, una responsabilidad moral que pocos tuvieron en el siglo XX, sin duda junto a figuras como Albert Einstein, Raymond Aron, Albert Camus y otros intelectuales que se manifestaron públicamente contra la guerra y la carrera armamentista. No olvidamos que defendió los derechos de las mujeres y la libertad sexual a principios del siglo XX, en una Inglaterra imperialista que en su interior seguía defendiendo los valores podridos de la época victoriana. Tampoco olvidamos que como pacifista se opuso a la Primera Guerra Mundial. Su pacifismo lo llevó a la cárcel. Se opuso a Hitler y a Stalin, a la invasión estadounidense en Vietnam, a las bombas nucleares y a la segregación racial. Tres meses antes de su muerte, con 97 años a cuestas, apeló al secretario general de Naciones Unidas para que apoyara un comité encargado de investigar los crímenes de guerra cometidos por los norteamericanos en el país asiático. Por todas sus colaboraciones, Russell es definido como uno de los filósofos más importantes del siglo XX, pero fueron las matemáticas, según sus propias palabras, su principal interés y fuente de felicidad.

Para entender la prolífica carrera de Russell hay que viajar a su pasado. Perteneciente a una de las familias aristocráticas más prominentes de Gran Bretaña —su abuelo fue dos veces Primer Ministro con la reina Victoria—, se quedó huérfano a los tres años. La educación laica a la que le hubieran dirigido sus padres, radicales librepensadores, nada tuvo que ver con la que recibió de su abuela. El estricto y represivo control moral derivó en un niño tímido, retraído y solitario al que rescató la geometría. Según su propia autobiografía, su deseo de saber más sobre matemáticas fue lo que lo alejó del suicidio. “A los 11 años comencé Euclides, con mi hermano [siete años mayor] como tutor. Fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida, como el primer amor. No había podido imaginar que hubiera nada tan delicioso en el mundo”, escribió.

En plena adolescencia, las lecturas en matemáticas avanzadas le llevaron a replantearse algunas de los dogmas claves de la religión cristiana. A los 18, ya rechazaba la vida después de la muerte y la existencia de Dios; se convirtió en agnóstico, uno de los rasgos que le definirían hasta el final de su vida. Con esa edad, Russell entró en el Trinity College de Cambridge para comenzar los estudios en matemáticas que complementó, años después, con los de filosofía. Aunque graduado con honores en ambas materias,

reconoció posteriormente que aprendió poco de sus profesores universitarios; no así de sus compañeros, que le ayudaron a ser menos solemne y a adquirir sentido del humor.

### **El descubrimiento de la Lógica Matemática.**

Con la entrada del nuevo siglo se produjo un acontecimiento clave para su historia. Russell acudió a París al segundo congreso internacional de matemáticas, donde conoció a Giuseppe Peano, referente en la lógica simbólica. Fascinado por su ponencia, Russell devoró todas las publicaciones del italiano. “Durante años he tratado de analizar las nociones fundamentales de la matemática, como el orden y los números cardinales. De repente, en unas semanas, he descubierto lo que parecen ser las respuestas definitivas a los problemas que me habían desconcertado durante años. Y mientras descubría estas respuestas, he conocido una nueva técnica matemática, gracias a la cual, las regiones antes abandonadas a la vaguedad de los filósofos, han sido conquistadas por la precisión de las fórmulas exactas”, escribió.

Ese mismo año, Russell comenzó a redactar el ensayo *Los principios de las matemáticas*, llegando a escribir 200.000 palabras en solo tres meses. Su publicación en 1903, fue la antesala de la obra cumbre que el británico escribiría junto a Alfred N. Whitehead: *Principia Mathematica*. Estos tres volúmenes (publicados entre 1910 y 1913) conforman un sistema axiomático en el que se pueden basar todas las matemáticas y con el que los autores pretendían explicar cómo estas son, en un sentido importante, reducibles a la lógica. Eliminando así cualquier conexión que se pudiera creer que existía entre los números y el misticismo.

Durante el resto de su vida, Russell siguió escribiendo numerosos tratados filosóficos y sociales que le llevaron incluso a pasar seis meses en la cárcel en 1918 por su campaña antibélica —donde escribió a mano su Introducción a la filosofía matemática—. Este amplio recorrido fue una de las razones por las que la Academia Sueca decidió premiar a Russell en 1950 con el Nobel de Literatura: “En reconocimiento de sus variados y significativos escritos en los que ha luchado por los ideales humanitarios y la libertad de pensamiento”.

Al final de su obra autobiográfica<sup>1</sup>, Russell reflexiona sobre su vida y concluye que desde su juventud, toda su vida “seria” se ha debido a dos aspectos: “Quería, por un lado, descubrir si todo podía ser sabido; y, por otro lado, hacer todo lo posible para crear un mundo más feliz”. Los acontecimientos del siglo XX hicieron mella en su optimismo, pero no le derrotaron: “Puede que yo haya pensado que el camino hacia

---

<sup>1</sup> *Autobiografía*. EDHASA, 2010.

un mundo de seres humanos libres y felices era más corto de lo que, en realidad, ha resultado ser. Pero no me equivoqué al pensar que ese mundo era posible”.

Bertrand Russell hizo de sí mismo el que era su ideal de humanidad. Fue un hombre feliz. Vivió, gozó de la ciencia y de la vida; disfrutó la virulenta reacción de Ludwig Wittgenstein cuando interpeló a Karl Popper a propósito de los enunciados morales<sup>2</sup>.

Elias Canetti, refugiado en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, recuerda en un libro dedicado a su estancia en el Reino Unido, que fue invitado a una fiesta a la que asistiría Bertrand Russell, del que aprendió mucho sobre China. “La *crème* del mundo intelectual y político de Londres en esa fiesta (...) Había no pocas mujeres hermosas en esta reunión. (La belleza de las mujeres de la clase alta inglesa ya le llamó la atención a Dostoievski cuando, cien años atrás, hizo una pequeña visita a Londres invitado por Alexander Herzen. Las había de todas las edades, y pertenecían a hombres poderosos o famosos”. Una jovencita sobresalía entre todas: “...estaba justo detrás de Russell, tan cerca que casi lo rozaba, contaría con poco más de veinte años y era sin duda la más bella. Sería un placer describirla, pero desapareció enseguida (...) Como si se hubieran citado el octogenario y la veinteañera, Russell abandonó la recepción en compañía de ella con toda naturalidad. Mientras se marchaban, él seguía riendo, ella parecía más bella a cada paso”<sup>3</sup>.

Un poco antes de su muerte, un periodista preguntó a Russell que habiendo negado durante toda su vida la existencia de Dios, ¿Qué diría si a su muerte se viera frente a Él. Russell respondió: “Le diría: Señor, no nos diste suficientes pruebas”.

---

<sup>2</sup> Véase *El atizador de Wittgenstein. Una jugada incompleta*. David J. Edmonds y John A. Eidinow. Ed. Península, 2001.

<sup>3</sup> *Fiesta Bajo las bombas. Los años ingleses*. Galaxia Gutenberg, 2005. pp. 117, 118 y 119.